

quito el sombrero al pasar por delante de él, como al pasar por delante del honor.

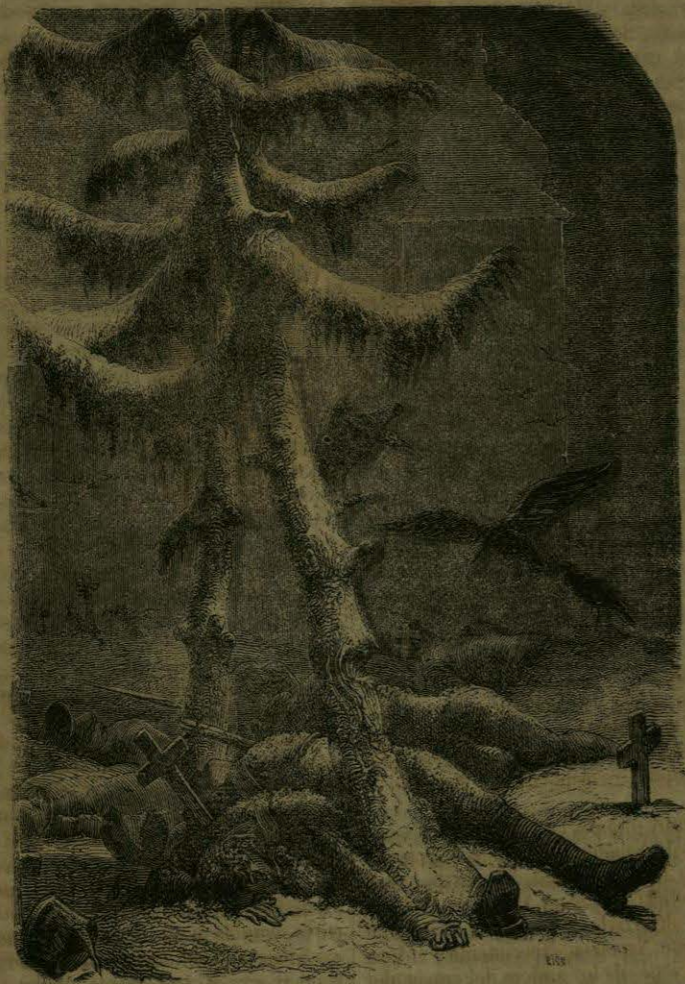
Forzosamente se permaneció en Smolensk hasta el 14. Napoleón ordenó al mariscal Ney que se concertase con Davoust para desmembrar la plaza, destruyéndola con minas: por su parte se dirigió á Krasnoi, donde se estableció el 15, después que esta estacion hubo sido saqueada por los rusos. Los moscovitas estrechaban su círculo, y el grande ejército, llamado de la Moldavia, estaba en las inmediaciones, preparándose á atacarnos y arrojarnos en el Beresina.

El resto de nuestros batallones disminuía de día en día. Instruido Kutuzoff de nuestras miserias, no se movía: — «¡ Salid un momento tan solo de vuestro cuartel general, exclamaba Wilson; avanzad á las al-

turas, y vereis llegado el último instante de Napoleón! La Rusia reclama esta víctima; herida; una carga bastará, y en dos horas habrá cambiado toda la faz de Europa.»

Esto era cierto; pero de este modo solo Napoleón hubiera sido herido particularmente, y Dios quería hacer pesar su mano sobre la Francia.

Kutuzoff respondía: — «Yo hago que mis soldados descansen cada tres días, y me avergonzaria si el pan les faltase un solo instante. Yo voy escoltando al ejército francés, mi prisionero, y le castigo siempre que quiere detenerse ó alejarse del camino real. El término del destino de Napoleón está marcado irrevocablemente: en los pantanos del Beresina es donde se extinguirá el meteoro en presencia de todos los ejér-



CAMPO DE MOSCOWA.

citos rusos. Yo les habré entregado á Napoleón debilitado, desarmado, moribundo, y esto es bastante para mi gloria.»

Bonaparte habia hablado del viejo Kutuzoff con ese desden insultante de que era tan pródigo: el viejo Kutuzoff á su vez le volvia desprecio por desprecio.

El ejército de Kutuzoff estaba mas impaciente que su gefe: los mismos cosacos exclamaban: — «¿ Se dejará que estos esqueletos salgan de sus tumbas? »

Entre tanto no se veia llegar el cuarto cuerpo que habia debido salir de Smolensk el 15 y unirse con Napoleón el 16 en Krasnoi: las comunicaciones esta-

ban cortadas, y el principe Eugenio, que mandaba la retaguardia, intentó en vano restablecerlas; todo lo que pudo hacer fue llamar la atencion de los rusos, y operar entre tanto su union con la guardia en Krasnoi: pero no parecian los mariscales Ney y Davoust.

Entonces encontró súbitamente Napoleón su genio: con un baston en la mano, sale de Krasnoi el 17 á la cabeza de su guardia reducida á trece mil hombres, para afrontar innumerables enemigos, desembarazar el camino de Smolensk y abrir un paso á los dos mariscales. Esta accion no la degeneró sino por una palabra poco proporcionada á su máscara: — « Bastante

ha hecho ya el emperador, y es tiempo ya de que haga el general.» Enrique IV habia dicho al salir para el sitio de Amiens: — « Bastante ha hecho ya el rey de Francia, y tiempo es de que haga el rey de Navarra.» Las alturas inmediatas á cuyo pié marchaba Napoleón, se coronaban de artillería y podian á cada instante destrozarlo; pero echando una ojeada sobre ellos, dice: — «¡ Que un escuadron de mis cazadores se apodere de ellos! » Los rusos no tenian mas que dejarse caer para haberlo arrollado; pero á la vista de este grande hombre y de los restos de la guardia formada en cuadro, permanecieron inmóviles y como

fascinados; su mirada detuvo á cien mil hombres sobre las colinas.

Con motivo de esta accion de Krasnoi, Kutuzoff fue honrado en San Petersburgo con el apodo de Smolensky, aparentemente por no haber desesperado bajo el baston de Bonaparte de la salvacion de la república.

PASO DEL BERESINA.

Después de este inútil esfuerzo, Napoleón volvió á pasar el Dnieper el 19, y vino á acampar en Orcha, donde quemó los papeles que habia llevado para es-



EL MARISCAL NEY.

cribir su vida en los ratos aburridos del invierno, si Moscov, quedando entero, le hubiera permitido establecerse en él. Vióse obligado á arrojar en el lago de Semlewo la enorme cruz de San Juan, que los cosacos han encontrado después y reemplazado sobre la torre del gran Iban.

En Orcha eran muy grandes las inquietudes: á pesar de la tentativa de Napoleón para abrir un paso al mariscal Ney, este no parecia todavía, hasta que al fin se recibieron noticias suyas en Baranni: Eugenio habia conseguido alcanzarlo. El general Gourgaud cuenta el placer que Napoleón experimentó, si bien los boletines y relaciones de los amigos del emperador se expresan con una reserva celosa sobre todos los hechos que no tienen una relacion directa con él. La alegría del ejército se apagó prontamente, pues se pasaba de peligro en peligro. Bonaparte caminaba de Kokhanow á Tolozcim, cuando un ayudante de campo le anunció la pérdida de la cabeza del puente de Borisow, tomado por el ejército de Moldavia al general Dombrowski. El ejército de Moldavia, sorprendido á su vez por el duque de Reggio Borisow, se retiró detrás del Beresina después de haber destruído el puente. Tchitchakoff se encontraba de este modo enfrente de nosotros del otro lado del rio.

El general Corbineau, comandante de una brigada de nuestra caballería ligera, guiado por un paisano habia descubierto, por bajo de Borisow, el vado de Veseloro. Con esta noticia, Napoleón hizo salir en la noche del 24 á Robre de Eblé y Chasseloup con los

pontoneros y zapadores, que llegaron á Stoudianka, sobre el Beresina, al vado indicado.

Echase dos puentes sobre el rio: á la orilla opuesta acampaba un ejército de cuarenta mil rusos. ¡ Cuál fue la sorpresa de los franceses cuando al nacer el sol vieron la ribera desierta, y la retaguardia de la division de Tchaplitz en plena retirada! No podian creer en sus ojos. Una sola bala, el fuego de la pipa de un cosaco habria bastado para hacer pedazos ó quemar los débiles pontones de Eblé. Corren á avisar á Bonaparte, que se levanta apresuradamente, sale, ve, y exclama: — «¡ He engañado al almirante! » La exclamacion era natural; los rusos abortaban en el desenfado, y cometian una falta que debia prolongar la guerra por tres años; pero su gefe no habia sido engañado. Todo lo habia visto el almirante Tchitchakoff que se habia dejado llevar de su carácter, que, aunque inteligente y fogoso, amaba sus comodidades; temia el frio, y pensaba que siempre habria tiempo para exterminar á los franceses cuando él se hubiera calentado bien. Retirado hoy en Londres, habiendo abandonado su fortuna y renunciado á la Rusia, Tchitchakoff ha suministrado al *Quarterly-Review* detalles curiosos sobre la campana de 1812. ¡ Ay! Si Bonaparte estaba salvado por la construccion de sus dos puentes y por la incomprensible retirada de la division de Tchaplitz, los franceses no lo estaban, y otros dos ejércitos rusos se aglomeraban sobre la orilla del rio que Napoleón se preparaba á abandonar. El que no ha visto debe callar aquí y dejar hablar á los testigos.

«El heroísmo de los pontoneros dirigidos por Eblé, dice Chambray, vivirá tanto como el recuerdo del paso del Beresina. Aunque debilitados por los males que sufrían de tanto tiempo; aunque privados de licores y de alimentos sustanciosos, se les vió, desafiando al frío, que se había hecho muy rigoroso, meterse en el agua algunos hasta el pecho: esto era correr una muerte casi cierta; pero el ejército los miraba, y ellos se sacrificaban por su salvación.

«El desorden reinaba entre los franceses, dice á su vez Mr. de Segur, y los materiales habían faltado para los dos puentes: en la noche del 26 al 27 se rompió dos veces el de los carruajes, y el paso se retardó siete horas: por tercera vez se rompió el 27 á las cuatro de la tarde; por otra parte los rezagados, dispersos en los bosques y en las aldeas inmediatas, no se habían aprovechado de la primera noche, y al amanecer del 27 todos se habían presentado á un tiempo para pasar los puentes.

«La confusión mayor fue cuando la guardia, que servía de regla, se puso en movimiento. Su marcha fue como una señal, y corrieron de todas partes amontonándose en la orilla. En un instante se vió una masa profunda y confusa de hombres, caballos y carruajes sitiar la estrecha entrada de los puentes; y los primeros, empujados por los de atrás, rechazados por los guardias y por los pontoneros, ó detenidos por el río, eran aplastados, derribados al suelo ó precipitados en los hielos que acarrea el Beresina. De esta inmensa y horrible barahunda se alzaba unas veces un zumbido sordo, otras un gran clamor mezclado de gemidos y de espantosas imprecaciones... El desorden era tan grande, que cuando se presentó el emperador fue preciso emplear la fuerza para abrirle paso. Un cuerpo de granaderos de la guardia y Latour-Maubourg renunciaron por piedad á abrirse paso al través de estos desgraciados.

«La inmensa multitud aglomerada en la orilla, mezclada con los caballos y los carros, formaba un espantoso hacinamiento. A eso de medio día cayeron las primeras balas enemigas en medio de este caos, y fueron la señal de una desesperación universal.

«Muchos de los que se habían lanzado los primeros sobre el puente, faltando este, quisieron escalarlo por los lados; pero la mayor parte fueron rechazados al río. Aquí fue donde se vieron mujeres en medio de los témpanos con sus niños en los brazos, alzándolos á medida que ellas se sepultaban; y ya sumergidas, aun sus brazos los mantenían sobre las aguas.

«En medio de este horrible desorden, se rompió el puente de artillería; la columna que lo iba pasando quiso retroceder; pero en vano: el torrente de hombres que iba detrás, ignorando esta desgracia y no oyendo los gritos de los primeros, siguieron adelante y los arrojaron en el río, donde fueron precipitados á su vez.

«Todo se dirigió entonces al otro puente, afluyendo de todas partes una multitud de cajones enormes, de pesados carruajes y de piezas de artillería. Dirigidos por sus conductores, y rápidamente arrastrados sobre una pendiente desigual, arrollan á los infelices que se encuentran sorprendidos entre ellos, y entrechocándose luego, se derriban la mayor parte con violencia y aplastan en su caída á los que les rodeaban. Filas enteras de hombres, empujadas por estos obstáculos, se embarazan, chocan y caen por masas de otros infortunados que se suceden sin interrupción.

«Estas oleadas de miserables rodaban las unas sobre las otras, y no se oían mas que gritos de dolor y de rabia. En esta horrible confusión, los hombres derribados se defendían bajo los pies de sus compañeros, á los cuales se aferraban con sus uñas y sus dientes. Estos los rechazaban sin piedad como enemigos; y en

este espantoso estrépito de un huracán furioso de cañonazos, del silbido de la tempestad, de las balas, de las explosiones de las bombas, de vociferaciones, de gemidos y juramentos horribles, la multitud desordenada no oía las quejas de las víctimas que sumergía.»

Los otros testimonios están de acuerdo con las relaciones de Mr. de Segur: en prueba de ello, solo citaré este pasaje de las *Memorias de Vaudoncourt*:

«La llanura bastante grande que se encuentra delante de Venloo ofrecía por la tarde un espectáculo cuyo horror es difícil de pintar. Estaba cubierta de carros y furgones, la mayor parte rotos y derribados los unos sobre los otros, y henchida de cadáveres de individuos no militares, entre los cuales se veían muchas mujeres y niños arrastrados en pos del ejército hasta Moscou, ó huyendo de esta ciudad para seguir á sus compatriotas, á quienes la muerte había herido de diferentes maneras. La suerte de estos infelices, en medio de la confusión de los dos ejércitos, fue ser aplastados bajo las ruedas de los carros ó bajo los pies de los caballos, heridos por las balas de los dos partidos, ahogados al querer pasar los puentes con las tropas, ó despojados por los soldados enemigos y arrojados desnudos sobre la nieve, donde el frío terminó pronto sus sufrimientos.»

¿Qué gemido tiene Bonaparte para semejante catástrofe; para este suceso de dolor, uno de los mas grandes de la historia; para estos desastres que sobrepujan á los del ejército de Cambyzes? ¿Qué grito se arranca de su alma? Estas cuatro palabras de su Boletín: *Durante la jornada del 26 al 27 pasó el ejército.* ¡Ya habeis visto cómo! Ni aun siquiera se enterneció Napoleon al espectáculo de aquellas mujeres alzando en sus brazos á sus hijos por en medio de las aguas. El otro grande hombre que por la Francia ha reinado sobre el mundo, Carlo-Magno, grosero y bárbaro aparentemente, cantó y lloró (que tambien él era poeta) al niño que, luchando con el hielo, fue sepultado en el Ebro:

Trux puer adstricto glacie dum ladit in Hebro.

El duque de Bellune estaba encargado de proteger el paso, y había dejado á retaguardia al general Par-touneaux, que se vió obligado á capitular. El duque de Reggio, herido de nuevo, había sido reemplazado en su mando por el mariscal Ney. Atravesaron los pantanos de la Gaina: la mas pequeña prevision de los rusos hubiera hecho impracticables los caminos. El 3 de diciembre se encontraron en Malodeczno las estafetas atrasadas hacia tres semanas, y allí fue donde Napoleon meditó abandonar la bandera. — «¿Puedo permanecer, decía, á la cabeza de una derrota?» El rey de Nápoles y el príncipe Eugenio le apremiaron estando en Smorgoni para que volviese á Francia. El duque de Istria llevó la palabra, y á las primeras que pronunció entró en cólera Bonaparte, y exclamó: — «Solo mi mas mortal enemigo podría aconsejarme que abandonase el ejército en la situación en que se encuentra.» E hizo un movimiento para lanzarse sobre el mariscal con la espada desnuda en la mano.

Por la noche hizo llamar al duque de Istria, y le dijo: — «Puesto que todos lo quereis, preciso será que marche.» La escena estaba preparada, pues el proyecto de marcha estaba ya decidido cuando fue representado. Mr. Fain asegura, en efecto, que el emperador se había determinado á dejar el ejército durante la marcha que le condujo el día 4 de Malodeczno á Bielitz. Tal fue la comedia por la cual el inmenso actor puso fin á su drama trágico.

En Smorgoni escribió el emperador su Boletín vigésimo noveno. El 5 de diciembre montó en un trineo con Mr. de Caulaincourt á eso de las diez de la no-

che, y así atravesó la Alemania, oculto bajo el nombre de su compañero de fuga. Todo se abismó á su desaparición: en una tempestad, cuando un coloso de granito se sepulta bajo las arenas de la Tebaida, ninguna sombra queda en el desierto. Algunos soldados, que ya no tenían de vivos mas que la cabeza, concluyeron por comerse los unos á los otros bajo unos cobertizos hechos de ramas de pinos. Males que parecían no poderse aumentar se consumaron: el invierno, que hasta entonces solo había sido el otoño de estos climas, bajó, y los rusos no tenían ya valor para tirar contra las sombras que Bonaparte dejaba vagabundas detrás de sí.

En Wilna solo se encontraron judíos que arrojaban á los pies del enemigo los enfermos que primero recogieran por avaricia. Una última derrota abismó el resto de los franceses en la altura de Ponary, y al fin llegaron al Niemen. De los tres puentes sobre los cuales habían desfilado nuestras tropas, no existía ninguno, y uno solo, obra del enemigo, dominaba las aguas congeladas. De los quinientos mil hombres y de la innumerable artillería que en el mes de agosto habían atravesado el río, solo lo repasaron ahora en Kowno unos mil hombres de infantería regular, algunos cañones y treinta mil miserables cubiertos de llagas. Nada de música ni de cantos de triunfo, y la division, con la faz morada y los ojos forzosamente abiertos, marchaba en silencio sobre el puente ó se arrastraba de témpano en témpano hasta la orilla polaca. Cuando estos infelices llegaron á habitaciones calientes, espiraron, derritiéndose su vida con la nieve de que estaban envueltos. Afirma el general Gourgaud que repasaron el Niemen ciento veinte y siete mil hombres: por esta cuenta siempre resultaría una pérdida de trescientos trece mil hombres en una campaña de cuatro meses.

Cuando Murat llegó á Gumbinnen, reunió sus oficiales, y les dijo: — «Ya no es posible servir á un insensato; ya no hay salvación en su causa; ningún príncipe de Europa cree ya en sus palabras ni en sus tratados.» Desde aquí se dirigió á Posen, y desapareció el 16 de enero de 1813. Veinte y tres días despues dejó el príncipe de Schwartzemberg el mando del ejército que pasó al príncipe Eugenio. El general York, criticado ostensiblemente al principio por Federico-Guillermo, y pronto reconciliado con él, se retiró llevándose á los prusianos: comenzaba la defección europea.

JUICIO SOBRE LA CAMPAÑA DE RUSIA.—ÚLTIMO BOLETÍN DEL GRANDE EJÉRCITO.—VUELTA DE BONAPARTE Á PARÍS.—ARENCA DEL SENADO.

En toda esta campaña fue Bonaparte inferior á sus generales, y particularmente al mariscal Ney. Las excusas que se han dado de la fuga de Bonaparte son inadmisibles, y la prueba de ello es que, debiendo salvarlo todo, no salvó nada. Este abandono, lejos de reparar las desgracias, las aumentó, y apresuró la disolución de la federación rhenana.

El vigésimo nono y último boletín del grande ejército, fechado en Molodetschino el 3 de diciembre, y recibido en París el 18, solo precedió á Napoleon dos días, y llenó á la Francia de estupor, aunque estuviese muy lejos de expresarse con la franqueza de que se le ha elogiado: contradicciones notables se advierten en él que no consiguen cubrir una verdad que resulta de todas partes. Como ya hemos visto, en Santa Elena se expresaba Bonaparte con mas buena fe: sus revelaciones no podían ya comprometer una diadema caída de su cabeza. Pero escuchémosle todavía un momento:

«Este ejército, dice en su boletín del 3 de diciembre de 1812, tan hermoso el 6 de noviembre, estaba muy diferente desde el 14. Casi sin caballería, sin ar-

tillería ni transportes, no podíamos abirnos paso á un cuarto de legua.

«Los hombres á quienes la naturaleza no ha templado bastante fuertemente para sobreponerse á todos los peligros de la suerte y de la fortuna, parecieron afectados, perdieron su alegría, su buen humor, y no soñaron mas que desgracias y catástrofes: los de alma superior á todo, conservaron su alegría, sus maneras ordinarias, y vieron una nueva gloria en las diversas dificultades que tenían que sobrepujar.

«En todos estos movimientos siempre ha merecido el emperador en medio de su guardia, la caballería mandada por el mariscal duque de Istria, y la infantería por el duque de Dantzick. S. M. ha quedado satisfecho del buen espíritu que ha demostrado su guardia, la cual siempre se vió dispuesta á dirigirse á todas partes donde las circunstancias han reclamado su presencia.

«El príncipe de Neufchatel, el gran mariscal, el escudero mayor y todos los ayudantes de campo y oficiales militares de la casa del emperador, han acompañado siempre á S. M.

«Nuestra caballería estaba de tal modo desmontada, que han tenido que renunciar los oficiales á quienes quedaba un caballo para formar con ellos cuatro compañías de á ciento cincuenta hombres cada una. Los generales hacían en ella las funciones de capitanes, y los coroneles las de sargentos. El escuadrón sagrado, mandado por el general Grouchy, á las órdenes del rey de Nápoles, no perdía de vista al emperador en todos sus movimientos. La salud de S. M. jamás ha sido mejor.»

¿Qué resumen de tantas victorias! Bonaparte había dicho á los directores: — «¿Qué habeis hecho de cien mil franceses, todos compañeros míos de gloria? ¿Han muerto!» La Francia podía decir á Bonaparte: — «¿Qué habeis hecho en una sola expedición de los quinientos mil soldados del Niemen, todos mis hijos ó mis aliados? ¿Han muerto!»

Despues de la pérdida de esos cien mil soldados republicanos, sentidos por Napoleon, al menos la patria fue salvada: los últimos resultados de la campaña de Rusia han producido la invasión de la Francia y la pérdida de todo lo que nuestra gloria y nuestros sacrificios habían acumulado en el trascurso de veinte años.

Bonaparte fue sin cesar custodiado por un batallón sagrado que no lo perdió de vista en todos sus movimientos: indemnización de las trescientas mil existencias inmoladas; ¿pero por qué la naturaleza no las había templado bastante fuertemente? Allí habrían conservado sus maneras ordinarias. ¿Esta vil carne merecía acaso que sus movimientos fuesen tan preciosamente custodiados como los de S. M.?

El boletín concluyó, como muchos otros, por estas palabras: — *La salud de S. M. nunca ha sido mejor.*

Familias: enjugad vuestras lágrimas: Napoleon no tiene novedad.

Despues de esta relación, se leía esta nota oficial en todos los periódicos: «Este es un documento histórico de primer orden: Xenofonte y César escribieron de este modo; uno la retirada de los diez mil, otro sus comentarios. ¿Qué demencia de comparación académica! Pero, dejando aparte la benévola crítica literaria, se debía estar muy satisfecho, porque las calamidades increíbles, causadas por Napoleon, le habían proporcionado la ocasión de mostrar sus talentos como escritor. Neron pone fuego á Roma, y canta el incendio de Troya. Habíamos llegado á la feroz irrisión de una lisonja que desenterraba los recuerdos de Xenofonte y César para ultrajar el duelo eterno de la Francia.

El Senado conservador acude, y dice Lacépède: «El Senado se apresura á presentar al pié del trono de V. M. I. y R. el homenaje de sus felicitaciones por la feliz llegada de V. M. en medio de sus pueblos. El Senado, primer consejo del emperador, y cuya autoridad no existe sino cuando el monarca la reclama y la pone en movimiento, está establecido para la conservacion de esta monarquía y para la herencia de vuestro trono, en nuestra cuarta dinastía. La Francia y la posteridad le encontrarán en todas circunstancias fiel á este deber sagrado, y todos sus miembros estarán siempre dispuestos á perecer por la defensa de este *palladium* de la seguridad y de la prosperidad nacional.» Los miembros del Senado han demostrado esto maravillosamente decretando la destitucion de Napoleon.

El emperador responde: «Senadores, lo que me decís me es muy grato. Tengo en el corazón LA GLORIA Y EL PODER de la Francia; pero nuestros primeros pensamientos son PARA TODO lo que puede perpetuar la tranquilidad interior... PARA ESTE TRONO al cual están ligados AHORA los destinos de la patria... Yo he pedido á la Providencia un número de años determinado... Yo he reflexionado en todo lo que se ha hecho en las diferentes épocas, y también pensaré ahora en ello.»

El historiador de los reptiles, osando congratular á Napoleon por las prosperidades públicas, se asusta, sin embargo, de su valor, y tiene mucho cuidado de decir que la autoridad del Senado *no existe* sino cuando el monarca la reclama y la pone en movimiento. ¡Tenía tanto que temerse de la independencia del Senado!

Excusándose Bonaparte en Santa Elena, dice: «¿Son los rusos los que me han destruido? No, son las relaciones falsas, las necias intrigas de la traicion, de la estupidez, y otras muchas cosas, en fin, que quizás se sabrán un día, y que podrán atenuar ó justificar las dos groseras faltas que, en diplomacia como en guerra, pueden echárseme en cara con razon.»

Faltas que no arrastran consigo mas que la pérdida de una batalla ó de una provincia, permiten excusas en palabras misteriosas, cuya explicacion se aplaza para el porvenir; pero faltas que trastornan la sociedad y hacen pasar bajo el yugo la independencia de un pueblo, no se borran con las derrotas del orgullo.

Después de tantas calamidades y de tantos hechos heroicos, es duro al fin no poder escoger en las palabras del Senado sino entre el horror y el desprecio.

Revisado en 20 de febrero de 1845.

DESGRACIAS DE LA FRANCIA. — ALEGRÍAS FORZADAS. — RESIDENCIA EN MI QUINTA. — LA LEGITIMIDAD.

Cuando llegó Bonaparte, precedido de su boletín, fue general la consternacion. «En el imperio, dice Mr. de Segur, no se contaban ya mas que hombres envejecidos por el tiempo y niños, pero casi ningun hombre formado: ¿dónde estaban? ¡Los llantos de las mujeres, los gritos de las madres, lo decían bastante! Inclinas laboriosamente sobre aquella tierra, que sin ellas quedaria inculta, maldecían la guerra en él.»

A la vuelta de Beresina fue preciso bailar de real órden; esto es lo que se sabe por los *Recuerdos para servir á la historia* de la reina Hortensia. Fue preciso ir al baile, con la muerte en el corazón, llorando interiormente á sus parientes ó amigos. Tal era el deshonor á que se veía condenada la Francia por el despotismo: en los salones se veía lo que se encuentra en las calles; criaturas distraídas de su vida, cantando su miseria para divertir á los transeuntes.

Hacia tres años que yo estaba retirado en Aunay: desde mi bosquecillo de pinos habia seguido con los

ojos el cometa que durante la noche corria hácia el horizonte de los bosques: el cometa era hermoso y triste, y como una reina, arrastraba en pos suyo su extenso velo. ¿A quién buscaba el extranjero extraviado en nuestro universo? ¿A quién dirigía sus pasos en el desierto del cielo? El 23 de octubre de 1812, albergado un momento en París, calle de los Saint-Peres, fonda de Lavalette, mi sorda huésped vino á despertarme, provista de su larga trompetilla: — «¡Señor, señor; Bonaparte ha muerto. El general Mallet ha muerto á Hulin; todas las autoridades están mudadas, y la revolucion se ha hecho.»

Era tan amado Napoleon, que durante algunos instantes estubo París en la mayor alegría, excepto las autoridades burlescamente arrestadas. Casi habia bastado un soplo para echar abajo el imperio. Evadido de la cárcel á media noche, un soldado era señor del mundo al amanecer, y un sueño estubo cerca de arrastrar una realidad formidable. Los mas moderados decían: — «Si Napoleon no ha muerto, volverá corregido por sus faltas y por sus reveses: hará la paz con la Europa, y el resto de nuestros hijos será salvado.» Dos horas después de su mujer, entró Mr. Lavalette en mi cuarto, para poner en mi noticia el arresto de Mallet: *no me ocultó* (esta era su frase favorita) *que todo estaba concluido*. Ya he referido cómo recibí Bonaparte esta noticia en un campo de nieve cerca de Smolensk.

El *senatus consulto* de 12 de enero de 1813 puso á disposicion de Bonaparte doscientos cincuenta mil hombres. La inagotable Francia vió salir de sus heridas nuevos soldados, y entonces se oyó una voz largo tiempo olvidada, voz cuyo sonido creyeron reconocer algunos: era la voz de Luis XVIII, que se alzaba desde el destierro. El hermano de Luis XVI anunciaba principios que establecer un día en una carta constitucional, primeras esperanzas de libertad que nos venian de nuestros antiguos reyes.

Ya en Varsovia, Alejandro dirige una proclama á la Europa.

«Si el Norte imita el sublime ejemplo que ofrecen los castellanos, ha concluido el duelo del mundo. A punto de ser la Europa presa de un monstruo, recobraría á la vez su independencia y su tranquilidad. ¡Ojalá que de este coloso sangriento que amenazaba el continente con su criminal eternidad, solo quedara un largo recuerdo de horror y de lástima!»

Este monstruo, este coloso sangriento que amenazaba el continente con su criminal eternidad, era tan poco instruido por el infortunio, que apenas libre de los cosacos, se arrojó sobre un anciano que retonia prisionero.

EL PAPA EN FONTAINEBLEAU.

Ya hemos visto el rapto del papa en Roma, su residencia en Savona, y después su detencion en Fontainebleau. La discordia se habia introducido en el sagrado colegio: algunos cardenales querian que el papa resistiese por lo espiritual, y recibieron órden de no usar sino medias negras; otros fueron desterrados á las provincias, y algunos gefes del clero francés encerrados en Vincennes: otros cardenales opinaban por la sumision completa del papa, y conservaron todos ellos sus medias encarnadas.

Cuando el papa obtenia en Fontainebleau algun descanso de la obsesion de los cardenales rojos, se paseaba solo en las galerías de Francisco I: allí recordaba la huella de las artes, que le recordaban la ciudad sagrada, y desde sus ventanas veía los pinos que Luis XVI habia plantado enfrente de los aposentos sombríos donde fue asesinado Monaldeschi. El septuagenario medio muerto, á quien el mismo Bonaparte vino á atormentar, firmó maquinalmente aquel

concordato de 1813, contra el cual protestó inmediatamente después de la llegada de los cardenales Pacca y Consalvi.

Pacca se imaginaba encontrar una gran multitud enredador de la cárcel regia, pero solo vió en los patios algunos servidores, y un centinela colocado en lo alto de la escalera de forma de herradura. Las ventanas y puertas del palacio estaban cerradas: en la primera antecámara de los aposentos estaba el cardenal Doria, y en las otras algunos obispos franceses. Pacca fue introducido cerca de su santidad, que estaba en pié, pálido, inmóvil, inclinado y los ojos hundidos en el cráneo.

El cardenal le dijo que habia apresurado su viaje para echarse á sus piés, y el papa respondió: — «Esos cardenales nos han arrastrado á la mesa, y nos han hecho firmar.» Pacca se retiró al aposento que le habian preparado, confundido de la soledad de las habitaciones, del silencio de los ojos, del abatimiento de los semblantes y de la profunda pena impresa en la frente de su santidad. — «Vuelto al lado del papa, lo encontré (él es quien habla) en un estado tan digno de compasion, que hacia temer por sus dias. Estaba anonadado por una tristeza inconsolable al hablar de lo que habia sucedido, y esta idea de tormento le impedia dormir y no le permitia tomar mas alimento que el indispensable para no consentir en su muerte. — Si esto sigue, decia, moriré loco, como Clemente IV.»

En el secreto de estas galerías inhabitadas, donde ya no se escuchaba la voz de San Luis, de Francisco I, de Enrique IV, ni de Luis XIV, el padre santo pasó muchos dias en escribir la minuta y la copia de la carta que debia ser remitida al emperador. El cardenal Pacca llevaba oculto en su manto el papel peligroso á medida que el papa iba añadiendo algunas líneas en él. Terminada la obra, el papa la remitió el 24 de mayo al coronel Lagorce, encargándole la llevase al emperador.

Al mismo tiempo hizo leer una alocucion á los cardenales que se hallaban cerca de su persona, en la cual consideraba como nulo el breve que habia dado en Savona, y el concordato de 23 de enero: «¡Bendito sea el Señor, dice la alocucion; que no ha alejado de nosotros su misericordia! ¡Solo ha querido humillarnos con una saludable confusion! ¡Sea, pues, para nosotros la humillacion en bien de nuestra alma, y para él en todos los siglos la exaltacion, el honor y la gloria! Dado en el palacio en Fontainebleau á 24 de marzo de 1813.»

Jamás salió de este palacio un decreto mas bello; el semblante del mártir se puso sereno; su sonrisa y su boca recobraron su gracia, y sus ojos el sueño.

Napoleon amenazó al principio con hacer saltar la cabeza de los hombros de algunos de los clérigos de Fontainebleau, pues pensaba declararse gefe de la religion del Estado; mas cayendo de nuevo en su natural, fingió no haber sabido nada de la carta del papa. Pero su fortuna iba decreciendo, y el papa, salido de una órden de pobres monges, vuelto por sus desgracias al seno de la multitud parecia haber reconquistado el gran papel de tribuno de los pueblos, y dado la señal de la deposicion del opresor de las libertades públicas.

DEFECCIONES. — MUERTE DE LAGRANGE Y DE DELILLE.

La mala fortuna produce las traiciones y no las justifica. En marzo de 1813, la Prusia se confederó en Kalisch con la Rusia; el 3 de marzo, la Suecia hizo un tratado con el gabinete de San James, y se obligó á suministrar treinta mil hombres; Hamburgo fue evacuado por los franceses; Berlin ocupado por los cosacos, y Dresde tomado por los rusos y los prusianos.

La defeccion de la Confederacion del Rin se fue

preparando. El Austria se adhirió á la alianza de la Rusia y de la Prusia, y la guerra comenzó de nuevo en Italia, adonde se habia trasladado el príncipe Eugenio.

En España, el ejército inglés derrotó á José en Vitoria: los cuadros robados á las iglesias y á los palacios cayeron en el Ebro: yo los habia visto en Madrid y en el Escorial, y los volví á ver después, cuando los restauraban en París. Las olas y Napoleon habian pasado sobre estos Murillo y estos Rafael, *velut umbra*, Siempre avanzando Wellington, batió al mariscal Soult en Roncesvalles: nuestros grandes recuerdos hacían el fondo de las escenas de nuestros nuevos destinos.

El 14 de febrero, en la apertura de los cuerpos legislativos, Bonaparte declaró que siempre habia querido la paz, y que esta era necesaria al mundo; pero ninguna simpatía hacia los dolores de la Francia resonó en la boca de aquel que nos llamaba *sus súbditos*.

El 3 de abril, el Senado conservador añadió ciento ochenta mil combatientes mas á los que ya habia concedido. El 10 de abril murió Lagrange, y el abate Delille espiró algunos dias después. Si en el cielo la nobleza del sentimiento es superior á la altura del pensamiento, el cantor de la *Piedad* debe estar colocado mas cerca del trono de Dios que el autor de la *Teoría de las funciones analíticas*. Bonaparte habia salido de París el 15 de abril.

BATALLAS DE LUTZEN, DE BAUTZEN Y DE DRESDE. — REVESES EN ESPAÑA.

Sucedíendose las levas de 1812, se habian detenido en Sajonia. Napoleon llega, y el honor de la antigua hueste queda coniado á doscientos mil conscriptos, que se batían como los granaderos de Marengo. El 2 de mayo se gana la batalla de Lutzen: en estos nuevos combates, apenas hace Bonaparte uso mas que de la artillería, y apoderado de Dresde, dice á los habitantes: — «No ignoro la alegría á que os entregásteis cuando el emperador Alejandro y el rey de Rusia entraron dentro de vuestros muros. Todavía vemos en el suelo las hojas marchitas de las flores que vuestras *doncellas* sembraron al paso de los monarcas.» ¿Se acordaba Napoleon de las *doncellas de Verdun*? Esto era en el tiempo de sus bellos años.

Otro triunfo en Bautzen; pero en él se sepultan el general de ingenieros Kirneger y Duroc, gran mariscal del palacio. — «Hay otra vida, dice el emperador á Duroc, y ya nos volveremos á ver.» ¿Se cuidaba mucho Duroc de volverlo á ver?

El 26 y el 27 de agosto abórdase sobre el Elba en campos ya famosos. De vuelta de América, después de haber visto á Bernadotte en Stockolmo y á Alejandro en Praga, una bala de cañon se lleva las dos piernas de Moreau, en Dresde, al lado del emperador de Rusia: antigua costumbre de la fortuna napoleónica. Súpose la muerte del vencedor en Hohenlinden, en el campo francés, por un perro perdido, en cuyo collar estaba escrito el nombre del nuevo Turena: el animal, sin dueño, corria á la ventura entre los muertos: ¡Te, janitor orci!

El príncipe de Suecia, hecho generalísimo del ejército del Norte de Alemania, habia dirigido el 15 de agosto una proclama á sus soldados:

«Soldados: el mismo sentimiento que guió á los franceses en 1792, y que los llevó á unirse y á combatir los ejércitos que estaban en su territorio, debe dirigir hoy vuestro valor contra aquel que, después de haber invadido el suelo que nos vió nacer, encadena aun á vuestros hermanos, á vuestras mujeres y á vuestros hijos.»

Concitiándose la reprobacion unánime, Bonaparte se lanzaba contra la libertad, que le atacaba de todas partes y bajo todas las formas. Un *senatus consulto*

del 28 de agosto anula la declaración de un jurado de Auveres: i fracción muy pequeña, sin duda, de los derechos de los ciudadanos, después de la enorme arbitrariedad que había usado el emperador; pero en el fondo de las leyes hay una santa independencia, cuyos gritos se oyen: esta opresión de un jurado hizo más ruido que las opresiones diversas de que la Francia había sido víctima.

En fin, en el Mediodía, el enemigo había tocado nuestro suelo: los ingleses, obsesión de Napoleón y causa de casi todas sus faltas, pasaron el Vidasoa el 7 de octubre, y Wellington, el hombre fatal, puso el primero el pie sobre la tierra de Francia.

Obstinándose en permanecer en Sajonia, á pesar de la toma de Vandamme en Bohemia y de la derrota de Ney cerca de Berlín por Bernadotte, Napoleón volvió sobre Dresde. Entonces se levanta el Landsturn, y se organiza una guerra nacional semejante á la que dió la libertad á España.

CAMPAÑA DE SAJONIA Ó DE LOS POETAS.

Los combates de 1813 se han llamado la campaña de Sajonia: mejor llamados serían *la campaña de la joven Alemania ó de los poetas*. ¿A qué desesperación no nos había reducido la opresión de Bonaparte, puesto que al ver correr nuestra sangre no podíamos defendernos de un movimiento de interés hacia esa juventud generosa que empuñaba la espada en nombre de la independencia? Cada uno de estos combates era una protesta para los derechos de los pueblos.

En una de sus proclamas, fechada en Kalisch el 25 de marzo de 1813, Alejandro llamaba á las armas á las poblaciones de Alemania, prometiéndoles en nombre de sus hermanos, los reyes, instituciones libres. Esta señal hizo estallar la *Burschenschaft*, ya secretamente formada. Las universidades de Alemania se abrieron, y pusieron á un lado el dolor para no pensar sino en la reparación de la injuria: «Que las lamentaciones y las lágrimas sean cortas, la tristeza y el dolor largos, decían los germanos de otro tiempo; á la mujer es decente llorar, al hombre acordarse.» Entonces la joven Alemania corrió á libertar á su patria; entonces se unieron esos germanos, *aliados del imperio*, de que la antigua Roma se sirvió á manera de armas y de dardos: *velut tela atque arma*.

El profesor Fichte daba en Berlín en 1813 una lección sobre el *deber*; habló de las calamidades de la Alemania, y terminó su lección con estas expresiones: «El curso quedará, pues, suspendido hasta el fin de la campaña, y lo continuaremos en nuestra patria ya libre, ó habremos muerto por reconquistar la libertad.» Los jóvenes oyentes se levantan y prorumpen en gritos: Fichte baja de su cátedra, atraviesa la multitud y va á inscribir su nombre en el registro de un cuerpo que salía para el ejército.

Todo lo que Bonaparte había despreciado ó insultado se le convierte en peligro: la inteligencia baja á la liza contra la fuerza bruta, y Moscú es la antorcha á cuya luz ciñe la Germania su talabarte!—«¡A las armas! esclama la musa. ¡El Fénix de la Rusia se ha lanzado de su hoguera!» Esa reina de Prusia, tan débil y tan bella, á quien Napoleón había colmado de ultrajes poco generosos, se transforma en una sombra implorante é implorada:—«¡Qué dulcemente duerme! cantan los bardos. ¡Ah, ojalá durmas hasta el día en que tu pueblo lave en la sangre el moho de su espada! ¡Despierta entonces, despierta; y sé tu el ángel de la libertad y de la venganza!

Körner solo tiene un temor, el de morir en prosa:—«¡Poesía, poesía, exclama; dame la muerte á la claridad del sol!»

Y compone en el vivaque el himno de *La Lira y la espada*.

EL CABALLERO.

«Dime, buena espada mía; ¿por qué es hoy tan ardiente el relampago de tu mirada? Tú me miras con ojos de amor, espada que haces mi alegría. ¡Hurrah!

LA ESPADA.

«Es que me ciñe un bravo caballero, y eso es lo que inflama mis miradas; es que yo soy la fuerza de un hombre libre, y eso es lo que hace mi alegría. ¡Hurrah!

EL CABALLERO.

«Si, espada mía; si, yo soy un hombre libre, y te amo con todo mi corazón; te amo como si fueras mi desposada; te amo como á una amante querida.

LA ESPADA.

«¡Y yo me he entregado á tí; á tí, mi vida; á tí, mi alma de acero! ¡Ah, si estamos prometidos, cuándo me dirás:—Ven, ven, querida mía!»

¿No se cree oír á uno de aquellos guerreros del Norte, uno de aquellos hombres de batallas y de soledades, del cual dice Saxo el Grammatico:—«Cayó, rió y murió.»

No era esto un entusiasmo frío y calculado: Körner tenía la espada ceñida; bello, rubio y joven, Apolo á caballo cantaba de noche como el árabe sin apesarse, y al cargar al enemigo, su *maoual*, iba acompañado del galope de su bridon. Herido en Lutzen, se arrastró en los bosques, donde lo encontraron unos paisanos; pero reapareció y murió en las llanuras de Leipsich, teniendo apenas veinte y cinco años: había escapado de los brazos de una mujer á quien amaba, y ahora moría en lo mejor de su vida. «Las mujeres se complacen, decía Týrteo, en contemplar á un joven resplandeciente y de pie; pero no es menos bello cuando cae en la primera fila.»

Los nuevos Arminius, alimentados en la escuela de la Grecia, tenían un cántico general: cuando estos estudiantes abandonaron el apacible retiro de las ciencias por los campos de batalla, los placeres silenciosos del estudio por los ruidosos peligros de la guerra, Homero y los Niebelungen por la espada, ¿qué opusieron á nuestro himno de sangre, á nuestro cántico revolucionario? Estas estrofas, llenas de afección religiosa y de la sinceridad de la naturaleza humana:

«¿Cuál es la patria del alemán? ¡Nombradme esa gran patria! Tan lejos como resuena la lengua alemana; tan lejos como los cantos alemanes se hagan oír en alabanza de Dios, allí debe estar la patria del alemán.

«La patria del alemán es el país donde un apretón de manos basta por todo juramento; donde la buena fe pura brilla en todas las miradas; donde el afecto reside ardientemente en todos los corazones.

«¡Oh, Dios del cielo! Inclina tus miradas sobre nosotros, y danos ese espíritu tan puro y verdaderamente alemán, para que podamos vivir fieles y buenos. Aquí está la patria del alemán; todo este país es su patria.»

Estos camaradas de colegio, ahora compañeros de armas, fieles á la poesía de sus sueños, á las tradiciones de la historia, al culto de lo pasado, hicieron de un antiguo castillo y de un antiguo bosque los asilos conservadores de la *Burschenschaft*. La reina de Prusia era su patrona en vez de la reina de las noches.

Desde lo alto de una colina, en medio de los escombros, los estudiantes soldados, con sus profesores capitanes, descubrían las cúpulas de sus universidades queridas; y conmovidos al recuerdo de su docta antigüedad, enternecidos á la vista del santuario del es-

tudio y de los juegos de su infancia, juraban libertar su país, como Melchthal, Furst y Stauffacher pronunciaron su triple juramento al aspecto de esos Alpes por ellos inmortalizados, ilustrados por ellos. El genio alemán tiene algo de misterioso: la Thecla de Schiller es aun la doncella teutónica dotada de presciencia y formada de un elemento divino. Los alemanes adoran hoy la libertad con una vaguedad indefinible, del mismo modo que en otro tiempo llamaban *Dios* al secreto de los bosques: *Deorumque nominibus apellant secretum illud*... El hombre cuya vida era un ditirambo en acción, no cayó sino cuando los poetas de la joven Alemania hubieron cantado y tomado la espada contra su rival Napoleón, el poeta armado.

Alejandro era digno de haber sido el heraldo enviado á los jóvenes alemanes, pues participaba de sus elevados sentimientos, y estaba en esa posición de fuerza que hace posible los proyectos; pero se dejó asustado del terror de los monarcas que le rodeaban. Estos monarcas no cumplieron sus promesas, y no dieron á sus pueblos instituciones generosas. Los hijos de la musa (llama por cuyo medio se animaron las masas inertes de soldados) fueron sepultados en calabozos en recompensa de su patriotismo y de su noble credulidad. ¡Ay! la generación que dió la independencia á los teutones se ha desvanecido, y solo han quedado en Germania viejos gabinetes gastados que llaman lo mas alto que pueden á Napoleón *un grande hombre*, para hacer servir de excusa su admiración presente á su bajeza pasada. En el necio entusiasmo por el hombre que continúa pesando sobre los gobiernos después de haberlos azotado, apenas se acuerda nadie de Körner. «Arminio, libertador de la Germania, dice Tácito, fue desconocido á los griegos, que solo se admiran á sí propios, y poco celebrado entre los romanos, á quienes había vencido; pero aun le cantan algunas naciones barbaras: *Cantiturque barbaras apud gentes*.

BATALLA DE LEIPSICK.—VUELTA DE BONAPARTE Á PARÍS.—TRATADO DE VALENZAY.

El 8 y el 19 de octubre se dió en los campos de Leipsick ese combate que los alemanes han llamado *la batalla de las naciones*. Al terminar el segundo día, pasándose del campo de Napoleón los sajones y wurttembergueses bajo las banderas de Bernadotte, decidieron del resultado de la acción: victoria manchada de traición. El príncipe de Suecia, el emperador de Rusia y el rey de Prusia penetraron en Leipsick por tres puertas diferentes, y habiendo experimentado Napoleón una inmensa pérdida, se retiró haciendo volar los puentes detrás de sí. Herido dos veces el príncipe Poniatowski, se ahoga en el Elster, y la Polonia se abisma con su último defensor. Napoleón se detuvo en Erfurt, y desde allí anunció en su boletín que su ejército, siempre victorioso, *llegaba como un ejército batido*. Poco tiempo antes había visto Erfurt á Napoleón en el colmo de su prosperidad.

En fin, los bávaros, desertores después de otros de una fortuna abandonada, intentan exterminar en Hanau el resto de nuestros soldados: algunos conscritos, ya veteranos, salvan á Bonaparte y toman posición detrás del Rhin. Llegado como fugitivo á Mayenza, Napoleón se encontró el 19 de setiembre en Saint-Cloud, y llegó á decirle el infatigable Lacépède:—«V. M. lo ha vencido todo.» Mr. de Lacépède había hablado razonablemente de los ovíparos, pero él no podía tenerse en pie.

La Holanda reconquista su independencia y llama al príncipe de Orange.

El 1.º de diciembre declararon las potencias aliadas «que ellas no hacían la guerra á la Francia, sino al emperador solo, ó mas bien á esa preponderancia que se había ejercitado demasiado largo tiempo fuera

de los límites de su imperio, para desgracia de la Europa y de la Francia.»

Cuando se ve acercarse el momento en que vamos á ser encerrados de nuevo en los límites de nuestro antiguo territorio, se ocurre preguntar de qué había servido el trastorno de la Europa y el sacrificio de tantos millones de hombres. El tiempo nos tragó, y continúa tranquilamente su curso.

Por el tratado de Valenzay de 11 de diciembre, el miserable Fernando VII es enviado á Madrid, y así terminó oscura y precipitadamente esa criminal empresa de España, causa primera de la pérdida de Napoleón.

Siempre se puede ir al mal; siempre se puede matar un pueblo ó un rey; pero la vuelta es difícil: Jacobo Clemente acomodaba sus sandalias para el viaje de Saint-Cloud, y sus cofrades le preguntaban riendo cuánto duraría su obra.—«Lo bastante para el camino que tengo que hacer, respondió; lo que tengo que hacer es ir, pero no volver.»

EL CUERPO LEGISLATIVO CONVOCADO Y APLAZADO.—LOS ALIADOS PASAN EL RHIN.—CÓLERA DE BONAPARTE.—PRIMER DÍA DEL AÑO DE 1814.

El 19 de diciembre de 1813 se reunió el cuerpo legislativo. Sorprendente en el campo de batalla, notas ble en su consejo de Estado, Bonaparte no viene ya el mismo valor en política: ignora la lengua de la libertad, y si quiere expresar afecciones congeniales, sentimientos paternales, se enternece de pronto, y coloca palabras conmovidas en su insensibilidad:—«Mi corazón, dice al cuerpo legislativo, tiene necesidad de la presencia y del afecto de mis súbditos. Jamás me he dejado seducir por la prosperidad, y la desgracia me encuentra fuera del alcance de sus tiros. Yo había concebido y ejecutado designios para la prosperidad y la ventura del mundo. *Monarca y padre*, conozco que la paz afirma la seguridad de los tronos y la de las familias.»

Los aliados atravesaron el Rhin el 21 de diciembre de 1813 desde Bale hasta Schaffouse, con mas de cien mil hombres, y el 31 del mismo mes el ejército de Silesia, mandado por Blücher, lo pasó á su vez desde Manheim hasta Coblenza. Por orden del emperador, el Senado y el cuerpo legislativo habían nombrado dos comisiones encargadas de enterarse de los documentos relativos á las negociaciones con las potencias coaligadas: prevision de un poder que, negándose á consecuencias ya inevitables, queria dejar su responsabilidad á otro poder.

La comisión del cuerpo legislativo que presidia Mr. Lainé, osó decir: «Que los medios de paz tendrían efectos seguros, si los franceses estuvieran convencidos de que su sangre no sería derramada sino para defender una patria y leyes protectoras; y que se suplicaba á S. M. mantuviese la entera y constante ejecución de las leyes que garantizan á los franceses los derechos de la libertad, de la seguridad, de la propiedad, y á la nación el libre ejercicio de sus derechos políticos.»

El ministro de Policía, duque de Rovigo, hizo instruir causa sobre este hecho, y un decreto de 31 de diciembre aplazó el cuerpo legislativo y se cerraron las puertas de la sala: Bonaparte trató á los miembros de la comisión legislativa de *agentes pagados por la Inglaterra*.—«El tal Lainé, decía, es un traidor, que tiene correspondencia con el príncipe regente por la mediación de Desezé: Raynouard, Maine de Biran y Flaugergues son facciosos.»

El soldado se sorprendía de no encontrar ya á aquellos polacos á quienes abandonaba, y quienes, ahogándose por obedecerle, gritaban aun: *viva el emperador!* El manifiesto de la comisión decía que era una moción salida de un club de jacobinos, y en

todos sus discursos manifestaba su aversión hacia la república de que había salido, pero cuyos crímenes detestaba menos que sus libertades. A propósito de esa misma relación, añadía:—«¿Se querrá restablecer la soberanía del pueblo? Pues bien, en ese caso me hago pueblo, porque yo pretendo estar siempre allí donde reside la soberanía.» Jamás déspota alguno ha explicado más enérgicamente su naturaleza: esta es la frase copiada de Luis XIV:—«El Estado soy yo.»

En la recepción del día de año nuevo de 1814, todos esperaban alguna escena, y yo he conocido un hombre de aquella corte, el cual se preparaba á echar mano á la espada á todo evento. Napoleón no usó, sin embargo, de palabras violentas, mas se expresó, no obstante, con aquella fogosidad que algunas veces causaba la confusión aun entre sus mismos alabarderos:—«¿Por qué, exclamaba, hablar ante la Europa de estos debates domésticos! La ropa sucia debe lavarse en familia. ¿Qué es un trono? Un pedazo de madera cubierto con otro pedazo de tela: todo depende de aquel que se sienta en él. La Francia tiene mas necesidad de mí que yo de ella. Yo soy uno de esos hombres á quienes se mata, pero á quienes no se deshonra. Dentro de tres meses tendremos la paz, ó el enemigo será arrojado de nuestro territorio, ó yo habré muerto.»

Bonaparte estaba acostumbrado á lavar en sangre la ropa sucia de los franceses: en esos tres meses ni se tuvo la paz, ni el enemigo fue echado de nuestro territorio, ni Bonaparte perdió la vida.

Abumada por tantas desgracias y por la ingrata obstinación del amo que se había dado, la Francia se veía invadida por el inerte estupor que nace de la desesperación.

Un decreto imperial había movilizado ciento veinte y un batallones de guardias nacionales: otro decreto había formado un consejo de regencia presidido por Cambaceres y compuesto de ministros, á cuya cabeza se hallaba colocada la emperatriz, y José, monarca disponible que había vuelto de España con sus pillajes, fue nombrado comandante general de París. El 23 de enero de 1814 salió Bonaparte de su palacio para el ejército, donde iba á producir una brillante llama al apagarse.

EL PAPA PUESTO EN LIBERTAD.

La antevíspera fue devuelta al papa su independencia: la mano que á su vez iba á llevar cadenas, se vió obligada á romper los grillos que había puesto: la Providencia había cambiado las fortunas, y el viento, que soplabá al rostro de Napoleón, empujaba los aliados hacia París.

Advertido de su libertad Pío VII, se apresuró á hacer una corta oración en la capilla de Francisco I; luego subió en un carruaje, y atravesó ese bosque que, según la tradición popular, ve aparecer al gran cazador de la muerte, cuando un rey va á bajar á la tumba de Saint-Denis.

El papa viajaba bajo la vigilancia de un oficial de gendarmería que le acompañaba en un segundo coche. En Orleans supo el nombre de la ciudad en que entraba.

Siguió el camino del Mediodía, en medio de las aclamaciones de la multitud de esas provincias por donde pronto debía pasar Napoleón, apenas en seguridad bajo la guardia de los comisarios extranjeros. La marcha de su santidad se retardó por la caída misma de su opresor; las autoridades habían cesado en sus funciones, y no se obedecía á nadie; una orden firmada de Bonaparte, orden que veinte y cuatro horas antes hubiera derribado la cabeza mas alta y hecho caer un reino, era un papel sin curso, y algunos minutos de poder faltaron á Napoleón para que pudiera proteger al cautivo á quien aquel mismo poder

había perseguido. Fue preciso que un mandato provisional de los Borbones acabase de devolver la libertad al pontífice que había ceñido con su diadema una cabeza extraña: ¡qué confusión de destinos!

Pío VII caminaba en medio de los cánticos y de las lágrimas, al repique de las campanas y á los gritos de *viva el papa! viva el jefe de la Iglesia!* Llevábanle, no las llaves de las ciudades, ni capitulaciones mojadas en sangre y obtenidas por el homicidio, sino enfermos que curar, y nuevos esposos que bendecir: á los primeros decía:—«Dios os consuele.» Extendía sobre los segundos sus pacíficas manos, y tomaba á los niños de pecho de los brazos de sus madres. En las ciudades solo quedaban los que no podían marchar, y los peregrinos pasaban la noche en los campos para esperar la llegada del anciano sacerdote. Los campesinos, en su candidez, encontraban que el padre santo se parecía á Nuestro Señor, y los protestantes enternecidos decían:—«Hé aquí el hombre mas grande de su siglo.» Tal es la grandeza de la verdadera sociedad cristiana, donde Dios se confunde sin cesar con los hombres. Tal es sobre la fuerza del hacha y del cetro la superioridad del poder del débil, sostenido por la religión y la desgracia.

Pío VII atravesó Carcassonne, Beziers, Montpellier y Nimes, para volver á Italia. A orillas del Ródano parecía que los innumerables cruzados de Raimundo de Tolosa pasaban aun revista en Saint Remy. El papa volvió á ver á Niza, Savona ó Imola, testigos de sus alicciones recientes y de las primeras maceraciones de su vida: siempre gusta llorar donde se ha llorado. En las condiciones ordinarias, se recuerdan siempre los lugares y los tiempos de felicidad, y Pío VII recordaba sus virtudes y sus padecimientos como un hombre revive en la memoria de sus pasiones apagadas.

En Bolonia fue dejado el papa en manos de las autoridades austriacas. Murat, Joaquin-Napoleón, rey de Nápoles, le escribió el 4 de abril de 1814:

«Santísimo padre, habiéndome hecho dueño la suerte de las armas de los Estados que poseáis cuando os visteis obligado á salir de Roma, no vacilo en ponerlos bajo vuestra autoridad, renunciando en favor vuestro á todos mis derechos de conquista sobre este país.»

¿Qué se ha dejado á Joaquin y á Napoleón moribundos?

Aun no había llegado el papa á Roma, cuando ofreció un asilo á la madre de Bonaparte. Sus legados habían tomado posesion de la ciudad eterna, y el 23 de mayo, en medio de la primavera, Pío VII distinguió la cúpula de San Pedro. Se ha contado que derramó lágrimas al volver á ver la cúpula sagrada. Cuando iba á atravesar la puerta del Pópulo, fue detenido el pontífice, y veinte y dos huérfanos vestidos con túnicas blancas, y cuarenta doncellas llevando grandes palmas doradas, se adelantaron á su encuentro entonando cánticos. La multitud gritaba Hosanna! Pignatelli, que mandaba las tropas en el Quirinal cuando Radet tomó por asalto el jardín de las olivas de Pío VII, conducía ahora la procesion de las palmas. Al mismo tiempo que Pignatelli cambiaba de papel, nobles perjueros tomaban en París, detrás del sillón de Luis XVIII, sus funciones de grandes servidores: la prosperidad no es transmitida con sus esclavos, como en otro tiempo una tierra señorial era vendida con sus siervos.

NOTAS QUE LUEGO FUERON EL FOLLETO DE BONAPARTE Y DE LOS BORBONES.—TOMO UNA HABITACION EN LA CALLE DE RIVOLI.—ADMIRABLE CAMPAÑA DE FRANCIA, 1814.

En el libro segundo de estas *Memorias* se lee (en

tonces volvía yo de mi primer destino de Dieppe): «Se me ha permitido volver á mi valle. La tierra tiembla bajo los pasos del soldado extranjero, y escribo, como los últimos romanos, al ruido de la invasion de los bárbaros. Durante el día trazo páginas tan agitadas como los sucesos de ese mismo día; y de noche, mientras que el zumbido del cañon lejano espira en mis bosques solitarios, vuelvo al silencio de los años que duermen en la tumba, y á la paz de mis recuerdos mas juveniles.»

Estas páginas agitadas que yo trazaba, eran notas relativas á los sucesos del momento, las cuales, reunidas, compusieron luego mi folleto: *De Bonaparte y de los Borbones*. Tenia yo tan alta idea del genio de Napoleón y del valor de nuestros soldados, que una invasion del extranjero, feliz hasta en sus últimos resultados, no podía caberme en la cabeza, pero yo pensaba que esa invasion, haciendo sentir á la Francia el peligro á que la ambicion de Bonaparte la habia reducido, produciría un movimiento interior, y que la libertad de los franceses provendría de sus propias manos. Con esta idea escribia yo mis notas, á fin de que si nuestras asambleas políticas detenia la marcha de los aliados y se resolvian á separarse del grande hombre, convertido en un azote, tuviesen á quien recurrir: el refugio me parecia estar en la autoridad, modificada segun los tiempos, bajo la cual habian vivido nuestros abuelos durante ocho siglos: cuando en una tormenta solo se encuentra á mano un edificio, por mas arruinado que esté, en él nos refugiarnos.

En el invierno de 1813 á 1814 tomé una habitacion en la calle de Rivoli, enfrente de la primera reja del jardín de las Tullerías, ante la cual habia oido pregonar la muerte del duque de Enghien. Aun no se veían en esta calle mas que las arcadas construidas por el gobierno y algunas casas que comenzaban á edificarse.

Necesitábase nada menos que los males de que la Francia estaba colmada para mantenerse en el alejamiento que Napoleón inspiraba y para defenderse al mismo tiempo de la admiracion que hacia renacer tan pronto como obraba: era el genio mas firme de accion que haya existido jamás. Su primera campaña en Italia y su última campaña en Francia (no hablo de Waterloo) son sus dos páginas mas hermosas: Condé en la primera, Turenne en la segunda, gran guerrero en aquella, grande hombre en esta; pero con diferentes resultados, por una ganó el imperio, y por la otra lo perdió. Sus últimas horas de poder, desarraigadas y todo como estaban, no pudieron ser arrancadas, como los dientes de un leon, sino por los esfuerzos de los brazos de la Europa. El nombre de Napoleón era todavia tan formidable, que los ejércitos enemigos no pasaron el Rhin sino llenos de terror y sin cesar miraban atrás para asegurarse bien de que era posible la retirada: dueños de París, todavia temblaban. Dirigiendo la vista Alejandro hacia la Rusia al entrar en Francia, felicitaba á las personas que podian marcharse allá, y escribia á su madre sus ansiedades y sus penas.

Napoleón bate á los rusos en Saint-Dizier, y á los prusianos y á los rusos en Brienne, como para honrar los campos en que habia sido educado. Destruye el ejército de Silesia en Montmirail, en Champauvert, y una parte del grande ejército en Montereau. En todas partes se encuentra, y va, y viene, y rechaza las columnas de que se vé rodeado. Los aliados proponen un armisticio, y Bonaparte rompe los preliminares de la paz ofrecida, y exclama:—«¿Yo estoy mas cerca de Viena que el emperador de Austria de París!»

La Rusia, el Austria, la Prusia y la Inglaterra, para reforzarse mutuamente, concluyeron en Chaumont un nuevo tratado de alianza; pero en el fondo, alarmadas de la resistencia de Bonaparte, pensaban en

la retirada. En Lyon se formaba un ejército en el flanco de los austriacos; en el Mediodía el mariscal Soult detenia á los ingleses, y el congreso de Chatillon, que no fue disuelto hasta el 15 de marzo, negociaba aun. Bonaparte echó á Blucher de las alturas de Craone. El grande ejército aliado no habia triunfado el 27 de febrero en Bar-sur-Aube, sino por la superioridad del número. Multiplicándose Bonaparte habia recobrado á Troyes que los aliados volvieron á ocupar. De Craone se dirigió Bonaparte á Reims, y dijo:—«Esta noche iré á coger á mi suegro en Troyes.»

El 20 de marzo tuvo lugar un combate cerca de Arcis-sur-Aube. En medio de un fuego atronador de artillería, cae una bomba en el frente de un cuadro de la guardia, que pareció hacer un ligero movimiento: Bonaparte se precipita sobre el proyectil cuya mecha arde, y la hace húsmear á su caballo: la bomba revienta y el emperador sale sano y salvo de en medio de sus inflamados cascos.

La batalla debia continuar el día siguiente; pero cediendo Bonaparte á la inspiracion del genio; inspiracion que sin embargo le fue funesta, se retira á fin de dirigirse sobre la retaguardia de las tropas confederadas, separarlas de sus almacenes y engrosar su ejército con las guarniciones de las plazas fronterizas. Los extranjeros se preparaban á replegarse sobre el Rhin, cuando Alejandro, por uno de esos impulsos del cielo que cambian todo el mundo, tomó el partido de marchar á París, cuyo camino veía libre (1). Napoleón creía arrastrar la masa de los enemigos, y solo era seguido de diez mil hombres de caballería que él pensaba fuesen la vanguardia de las tropas principales, y que le ocultaban el movimiento real de los prusianos y de los moscovitas. Dispersó á esos diez mil caballos en Saint-Dizier y Vitry, y entonces conoció que el grande ejército aliado no iba detrás. Este ejército, precipitándose sobre la capital, solo tenia delante los mariscales Marmont y Mortier, con unos doce mil conscriptos.

Napoleón se dirigió apresuradamente sobre Fontainebleau, donde una santa víctima, al retirarse, habia dejado el remunerador y el vengador. Siempre en la historia marchan juntas dos cosas: si un hombre se abre una vía de injusticia, al mismo tiempo se abrirá una vía de perdicion, en la cual, á una distancia marcada, el primer camino viene á caer en el segundo.

COMIENZO A IMPRIMIR MI FOLLETO.—NOTA DE MAD. DE CHATEAUBRIAND.

Los ánimos estaban muy agitados: la esperanza de ver cesar, á toda costa, una guerra cruel que pesaba hacia veinte años sobre la Francia, harta ya de desgracias y de gloria, comenzaba á invadir las masas. Cada cual se ocupaba del partido que deberia tomar en la próxima catástrofe, y todas las noches iban mis amigos á charlar en el cuarto de Mad. de Chateaubriand, contando y comentando los acontecimientos del día. Mr. de Fontanes, de Clausel y Joubert acudían con la multitud de esos amigos de pasaje que dan los sucesos y que los sucesos retiran. La señora duquesa de Levis, bella y apacible, á quien luego encontraremos en Gante, hacia fiel compañía á Mad. de Chateaubriand. La señora duquesa de Duras estaba tambien en París, y yo iba muchas veces á visitar á la señora marquesa de Montcaim, hermana del duque de Richelieu.

A pesar de la inmediatecion de los campos de batalla, yo continuaba persuadido de que los aliados no entrarían en París, y de que una insurreccion nacional pondria fin á nuestros temores. La obcecacion de esta

(1) He oido contar al general Pozzo que él fue quien determinó á Alejandro á marchar adelante.